

LA ESCUELA DE VIENA,
AL ALCANCE DE LOS ECONOMISTAS
(Reseña del vol. I, n.º 2, de la revista
PROCESOS DE MERCADO)

JUAN VELARDE FUERTES*

Es difícil disentir de aquello que señala George Stigler en *Memorias de un economista* (Espasa Calpe, 1992) cuando escribe: «Las escuelas de pensamiento surgen como respuesta a necesidades científicas, no se crean por acuerdo de la sociedad. Eso significa que sirven a una importante función científica —mantener unido a un grupo de científicos que comparten una visión común cerca de una nueva dirección que consideran adecuada para su ciencia—... Una reorientación fundamental, a gran escala, de la disciplina necesita casi invariablemente de los esfuerzos de varios científicos: hasta un Isaac Newton o un Adam Smith necesitaron discípulos y compañeros para vencer una doctrina o metodología arraigada». Pero también, un poco antes, señalaba Stigler que «una escuela de pensamiento ha de tener por fuerza una vida limitada y, a menudo, corta. Tiene que, o bien convencer a los demás colegas para que acepten sus proposiciones fundamentales, en cuyo caso desaparece la razón de su existencia, o bien fracasar en su intento, y entonces la inutilidad y el aburrimiento ponen fin a sus días».

Pero no se debe olvidar que, como ha señalado Schumpeter al ocuparse de la *batalla del método* entre la Escuela Austriaca y la de Berlín, «no hemos de olvidar nunca que las auténticas escuelas son realidades sociológicas, seres vivos. Tienen sus estructuras —relaciones entre los dirigentes y los seguidores—, sus banderas, sus gritos de guerra, sus estilos anímicos, sus intereses demasiado humanos. Sus antagonismos caen dentro de la sociología general de los antagonismos de grupo y de la estrategia partidista».

* Publicado en *Expansión* (sábado 26 de febrero de 2005).

La Escuela de Viena tiene un trípode inicial como base —Menger, Böhm-Bawerk y Wieser— muy difícil de superar. Desde él se enfrentó al más bien endeble historicismo, que había osado atacar al firmar Schmoller una crítica a un libro sobre metodología de Menger en el que se trataba un tanto peyorativamente a la escuela histórica. La réplica de Menger, *Los errores del historicismo en la política económica alemana*, inició una polémica que no ha apagado siquiera el ensayo de Popper, *La pobreza del historicismo*. Los retoños de la vieja escuela histórica, sean el estructuralismo económico latinoamericano, sean el *neoinstitucionalismo*, revitalizan, a su vez, a los seguidores de la Escuela de Viena, quienes redoblan sus esfuerzos por doquier para liquidar nuevos errores.

Esa es la explicación de lo que se encuentra detrás de esta revista, *Procesos de Mercado*, dirigida desde la Universidad Rey Juan Carlos por ese eminente miembro de la última generación de la Escuela de Viena que es el profesor Jesús Huerta de Soto. En este número 2 se incluyen tres artículos muy importantes.

El primero tiene como autor al profesor de la Autónoma de Madrid Javier Aranzadi del Cerro. Bajo el título de «Teoría de la acción y fundamentos de la economía», donde contempla la aportación de Mises en su obra esencial, *La Acción Humana* —que ya anda por la 7.^a edición en la traducción de Unión Editorial en 2004—, completada con el instrumento auxiliar facilitado por el equipo dirigido por Talcot Parsons y E.S. Shills, publicado bajo el título de *Hacia una Teoría General de la Acción*. Añádase la importancia de una confluencia Mises-Zubiri en las páginas 47 y 48.

Por su parte, François Facchini se ocupa (pp. 51-94) del desarrollo reciente, y con debates muy vivos, de la explicación austriaca del ciclo generado al existir un exceso de oferta monetaria. La defensa de esta tesis, frente a críticas que parecían tan contundentes como la de Leijonhufvud, proporciona un interés extraordinario a este artículo. Finalmente, en estos momentos de intenso debate sobre el futuro del Estado de Bienestar viene muy bien leer el artículo de Dario Antiseri, señalando qué asidero último nos queda con la *solidaridad* que ofrece Hayek.

¡Ah! Y no deje de leerse la nota de Philipp Bagus, sobre «La tragedia de los bienes comunales», o sea, la sobreexplotación de la propiedad pública (pp. 125 a 139).